

EXAMINANDO LA HISTORIA DE LA FAMILIA

EXAMINING FAMILY HISTORY¹

Rayna Rapp, Ellen Ross & Renate Bridenthal

Traducción de Carolina Perelló² & Paula Romani³

PRESENTACIÓN

AGOSTINA GENTILI⁴

El artículo que aquí presentamos se publicó a fines de los años 70 en *Feminist Studies*, revista interdisciplinaria de renombre internacional. Por entonces, el feminismo llegaba al mundo académico revitalizando sus discusiones y sacudiendo, con su activismo, los espacios en que esos combates tenían lugar, removiendo, en una misma estocada, los términos del debate teórico y de la propia práctica de la investigación. Las autoras de estos artículos fueron protagonistas de ese doble movimiento en la academia norteamericana, Rayna Rapp en el campo de la antropología, Ellen Ross y Renate Bridenthal en el de la historia. Pioneras de los estudios feministas, son hoy profesoras eméritas de la New York University, el Ramapo College de Nueva Jersey y la City University of New York.

Aquella coyuntura no es extrapolable, pero a ningún lector ni lectora escapará la reactualización que aquel doble movimiento está viviendo en el presente. Esto no sólo por su presencia en la agenda pública y académica, también porque está haciendo despuntar la centralidad de la familia, del espacio cotidiano de la vida familiar, como un núcleo potente para la comprensión de las disputas, anhelos, placeres y dilemas que atraviesan la división sexual del trabajo, la crianza, los cuidados, la sexualidad, la identidad y los horizontes de posibilidades de las personas, hombres y mujeres, niños y niñas. Ello sólo en la medida en que entendamos la familia en sus conexiones con el mundo más amplio del que participa, lo que justamente estos trabajos se ocupan de problematizar.

1 Artículo original: R. Rapp, E. Ross & R. Bridenthal, 1979. Examining family history. *Feminist Studies*, vol. 5, n° 1, pp. 174-200.

2 Universidad de Buenos Aires, Instituto de Investigaciones de Estudios de Género, Argentina. C. e.: carolinaperello@gmail.com.

3 Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades 'María Saleme de Burnichon', Argentina. C. e.: paularomani@hotmail.com.

4 Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades 'María Saleme de Burnichon', Argentina. C. e.: agosgentili@gmail.com.

El artículo reúne tres secciones que, a partir de una revisión crítica de los clásicos de la historia de la familia, clarifican y condensan una perspectiva para el estudio de la familia y nos ofrecen herramientas conceptuales claves para su abordaje tanto en el pasado como en el presente. En aquel entonces, estábamos ante un momento inicial de los estudios históricos sobre la familia, que intervenían en un campo historiográfico en el que el funcionalismo y el estructuralismo eran desafiados por los nuevos estudios de la historia social feminista y marxista, a las que las autoras estaban afiliadas. Fue en esa coyuntura y con esas apuestas que perfilaron una perspectiva y categorías para el estudio de la familia: Rayna Rapp, ayudándonos a entender en qué sentido la familia es una construcción social, no natural, a partir de una distinción analítica entre dos conceptos nodales, el de hogar y el de familia, y de un modo de considerarlos en sus mutuas relaciones; Ellen Ross, revisitando la historia de la familia desde la historia de las mujeres, reconsiderando sus teorías sobre las relaciones entre familia, biología y emociones; Renate Bridenthal, proponiéndonos una noción de síntesis, la de “modo de reproducción social”, que aloja la familia como un agente social más. Cada una, a su manera, nos muestra cómo, y con qué herramientas, podemos abordar las relaciones entre la familia y las esferas más amplias de la vida en sociedad.

Sabemos que mucha agua ha corrido bajo el puente tras aquel momento en que este artículo llegó al mundo, nuevos aportes han vuelto sobre el modo de entender el patriarcado, la reproducción social y el género. Pero estos artículos no han perdido vigencia, así como fueron centrales y ampliamente citados en las producciones académicas anglosajonas desde los años 80, aún resultan importantes y su publicación en español ofrece valioso acceso al mundo hispanoparlante. Desde entonces, sus autoras continuaron produciendo potentemente, pensando en grande y siendo amigas. De un encuentro semejante entre trabajo y afectos surgió nuestra iniciativa de traducir sus artículos, a la que ellas respondieron con el mismo entusiasmo y agradecimiento. La traducción fue promovida por el Grupo de Investigación Histórica Familias e Infancias en la Argentina Contemporánea que dirige Isabella Cosse en el Instituto de Investigaciones de Estudios de Género de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. La tarea estuvo en manos de Carolina Perelló y Paula Romani, quienes la emprendieron con la minuciosidad y generosidad que las caracteriza. El comité académico del *Anuario IEHS*, aceptó con agrado y diligencia nuestra propuesta de publicación, haciendo posible que estos aportes lleguen a nuevas lectoras y nuevos lectores de la mano de una revista ineludible.



INTRODUCCIÓN

RAYNA RAPP, ELLEN ROSS & RENATE BRIDENTHAL

Este artículo consiste en tres partes diferentes, que fueron presentadas de manera conjunta como un *workshop* en una conferencia internacional sobre historia de las mujeres titulada “Mujeres y Poder: dimensiones de la experiencia histórica de las mujeres”, que

tuvo lugar en la Universidad de Maryland en noviembre de 1977. El *workshop* se titulaba “Historia de la familia: una crítica”. Lo que queremos ofrecer aquí no es una crítica a la historia de la familia que pudiera abolirla o reemplazarla, sino más bien un examen crítico de sus supuestos subyacentes que debería conducir a su expansión más fructífera. Nosotras, como muchos otros, encontramos que la teoría y la información de la última década de la historia de la familia son enormemente valiosas. Lo que queremos discutir, sin embargo, es que gran parte del campo se encuentra complicado por el problema conceptual de relacionar la familia con un universo más amplio. Cada una de nuestras tres piezas examina las teorías que los historiadores han usado para situar las familias en sus contextos sociales; y cada pieza sugiere algunos de los escollos que suponen el uso de aquellas teorías. Rayna Rapp sostiene que la noción de familia ha sido demasiado cosificada y que, en cambio, debería ser vista como un dispositivo cultural, una ideología, con un propósito social más amplio: el reclutamiento hacia el hogar y la clase. Ellen Ross separa la historia de las mujeres de la historia de la familia, en la que a menudo se ha ocultado. Para hacerlo, discute los supuestos de la teoría de roles, del consenso en el interior de las familias y del aislamiento emocional de las familias. Renate Bridenthal sugiere una síntesis más amplia, “el modo de reproducción social”, que muestra la familia sólo como un agente entre muchos otros, continuamente transformada por los propios procesos dialécticos del capitalismo.

En estos artículos, utilizamos una perspectiva marxista-feminista que apunta hacia una visión alternativa de las relaciones sociales, aunque no afirmamos haberla alcanzado aquí o incluso haber resuelto las discrepancias entre nuestras diferentes presentaciones. Por ejemplo, todas acordamos en que los presupuestos de naturalidad que rodean a “la familia” deben ser superados, pero cada una de nosotras se enfoca en un conjunto diferente de contradicciones que han sido reproducidas en el interior de las familias, tanto históricamente como en el presente. Ofrecemos colectivamente esta discusión como una contribución hacia el reconocimiento del enorme peso –tanto positivo como peyorativo– que las familias han tenido en nuestra historia, en nuestro presente y en nuestras construcciones conscientes del futuro. Sentimos que una metodología marxista-feminista no sólo clarifica la historia de las mujeres y de las familias, sino que también desenmascara las conexiones íntimas entre los dominios aparentemente separados de la vida personal y la vida social.

HOGAR Y FAMILIA

RAYNA RAPP

Muchos académicos han argumentado de manera convincente que la familia no ha sido sólo un destinatario pasivo, sino también un agente activo en su contenido y forma cambiantes y en la “modernización” del mundo en el que se sitúa.⁵ Sus perspec-

5 La participación activa de la familia en el cambio social a gran escala se analiza en: P. Laslett, 1965. *The World We Have Lost*. New York: Charles Scribner's Sons; T. K. Hareven, 1977. *Family Time and Historical*

tivas metodológicas se distribuyen en dos escuelas predominantes: aquellos que usan técnicas cuantitativas para discutir el rol de la familia en asegurar o reaccionar al cambio económico y social, y aquellos que se enfocan más puntualmente en las *mentalités* o las prácticas culturales y los valores que las familias expresan y utilizan en su interacción con dominios sociales más amplios.⁶ Sin embargo, cualquiera sea la combinación de métodos cuantitativos y cualitativos, muchos de los trabajos sobre historia de las familias están conceptualmente aferrados al reconocimiento de una distinción entre la familia en sí misma y el mundo más amplio.⁷ Sostendré que es este reconocimiento de “la familia” como una unidad natural que existe de manera separada de la totalidad de la formación social el que *crea* el problema de su inserción en ese mundo, al menos a nivel teórico. Luego, argumentaré que, a menos que desarrollemos una mayor conciencia crítica sobre la familia como una unidad social, no natural, corremos el riesgo de asignarla mecánicamente como la “causa” o el “efecto” en el estudio del cambio social. Como una construcción social (y no natural), las fronteras de la familia siempre se están descomponiendo y recomponiendo en una interacción continua con otros dominios más amplios. Sin una perspectiva social más autoconsciente sobre la historia de la familia, también corremos el riesgo de sucumbir a una parte de la ideología

Time. *Daedalus*, vol. 106, no. 2, pp. 57–70; N. Z. Davis, 1977. Ghosts, Kin, and Progeny: Some Features of Family Life in Early Modern France. *Daedalus*, vol. 106, no. 2, pp. 87–114.

6 La distinción entre perspectivas cuantitativas y cualitativas está implícita en gran parte de la literatura de la historia de la familia, por ejemplo, L. K. Berkner, 1973. Recent Research on the history of the Family in Western Europe. *Journal of Marriage and the Family*, vol. 35, no. 3, pp. 395-405; y A. E. Wrigley, 1977. Reflections on the History of the Family. *Daedalus*, vol. 106, no. 2, pp. 71-85. Se hace explícita en Lynn Hollen Lees, “Alternative Approaches to the History of the Family”, artículo inédito presentado en la Conferencia sobre Teoría Social e Historia Social (Conference on Social Theory and Social History), Universidad de Columbia, 19 de febrero de 1977. Ejemplos de análisis cuantitativos de orientación demográfica incluyen: P. Laslett y R. Wall, 1972. *Household and Family in Past Time*. Cambridge: Cambridge University Press; L. K. Berkner, 1972. The Stem Family and the Developmental Cycle of the Peasant Household: An eighteenth-century Austrian Example. *The American Historical Review*, vol. 77, no. 2, pp. 398-418; A. E. Wrigley, 1969. *Population and History*. New York y Toronto: World University Library, McGraw-Hill; y J. Hajnal, 1965. European Marriage Patterns in Perspective, en: D. V. Glass y D. E. C. Eversley (eds.), *Population in History*. Chicago: Aldine Publishing. Ejemplos con una orientación más cualitativa incluyen las obras de psichistoriadores, por ejemplo: L. Demause, 1974. *The History of Childhood*. New York: The Psycho-history Press; y trabajos culturales o de las *mentalités* tales como Ph. Ariès, 1962. *Centuries of Childhood*. New York: Vintage Books; L. Stone, 1975. The Rise of the Nuclear Family in Early Modern England: the Patriarchal Stage, en: C. Rosenberg (ed.). *The Family in History*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, pp. 13–58; L. Stone, 1977. *The Family, Sex and Marriage in England, 1500-1800*. New York: Harper & Row; y N. Z. Davis. Ghosts, Kin and Progeny. Por supuesto, generalmente se consideran importantes ambas perspectivas y los académicos intentan integrarlas cada vez más, por ejemplo, L. Tilly y J. W. Scott, 1978. *Women, Work, and Family*. New York: Holt, Rinehart & Winston; T. K. Hareven, 1976. Modernization and Family History: Perspectives on Social Change. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 2, no. 1, pp. 190-206.

7 E. H. Pleck, 1976. Two Worlds in One: Work and Family. *Journal of Social History*, vol. 10, no. 2, pp. 178-195, presenta una excelente revisión de esta posición en trabajos de historia social recientes, pero aún nos deja con dos mundos separados, en lugar de uno solo más complejo.

postcapitalista dominante: replicamos las separaciones entre lo público y lo privado, el lugar de trabajo y el hogar, la economía y la familia. En resumen, reproducimos la noción de “el hogar como un refugio en un mundo sin corazón”.⁸

Las herramientas metodológicas que necesitamos para poder estudiar las familias en su interacción e interpenetración continua con dominios más amplios ya están, en parte, provistas por la bibliografía sobre historia de la familia. Quizás necesiten ser mejoradas si vamos a usarlas para desarmar el mismo objeto que ellas mismas contribuyeron a crear. Una de aquellas herramientas es la distinción entre hogar y familia que aparece en la literatura sobre historia de la familia orientada hacia la demografía. Usaré esa distinción de una manera un poco diferente a como se presenta usualmente. El hogar es comúnmente definido como un grupo doméstico corresidente, mientras que la familia consiste en aquellos miembros de la unidad doméstica que también comparten relaciones de parentesco entre ellos.⁹ Me enfocaré en el hogar como un *locus* de actividades compartidas y en la familia como una unidad que provee de reclutamiento normativo para esas actividades domésticas. Sostendré que las actividades domésticas son continuamente parte de los procesos “más grandes” de producción, reproducción y consumo, y, como tales, varían por clase. Las actividades domésticas no se pueden analizar separadas de las relaciones socioeconómicas de las sociedades en las que están insertas.

Los hogares son unidades materiales dentro de las cuales las personas reúnen recursos y desempeñan determinadas tareas. Es en el interior de los hogares que las personas participan de relaciones de producción, reproducción y consumo entre sí y en nombre de otros. Los hogares son unidades residenciales en las que las personas y los recursos son producidos, conectados y distribuidos. Las actividades de los hogares revelan los vínculos materiales que las conectan con la formación social. Esto puede verse en las relaciones productivas. Un ejemplo sería el contraste entre los hogares que expulsan fuerza de trabajo a cambio de un salario y aquellos hogares que tienen acceso a tierras cultivables y comercializan sus productos. Los vínculos con esferas más amplias se observan también en las relaciones reproductivas, tanto en el sentido más estricto como en el más amplio del término. En su interpretación más reducida, las relaciones reproductivas organizan un contexto social para la biología: diferentes patrones de sexualidad, de matrimonio, de fertilidad, no sólo producen seres humanos,

8 C. Lasch, 1977. *Haven in a Heartless World*. New York: Basic Books. Si bien simpatizamos con el intento de Lasch de realizar un análisis dialéctico basado tanto en la perspectiva psicoanalítica como en la marxista, perdemos rápidamente la paciencia ante la forma querulante en que responsabiliza a las ciencias sociales y al movimiento feminista por lo que él considera la desintegración de la familia contemporánea. Tal objetivo obstaculiza el análisis del capitalismo avanzado y el de las luchas reales –en particular, las de los movimientos afro, feministas y gays– que rodearon las formas familiares cambiantes. Nos deja con una política de la desesperación, insuficiente para construir teorías o prácticas que apunten a un futuro no sexista y no capitalista.

9 Esta distinción se presenta en gran parte de la literatura orientada hacia lo cualitativo enumerada en la nota 2. Se expresa de forma específica en P. Laslett y R. WALL, 1972. *Household and Family in Past Time*, p. 1.

sino participantes en las relaciones entre los géneros y las generaciones. En su sentido más amplio, la reproducción se refiere a todas las actividades en las que los hogares se recrean y, en el proceso, contribuyen a la reproducción de la totalidad de la sociedad. Los patrones de herencia, los ciclos domésticos, las estrategias para la migración y el empleo son simultáneamente parte del hogar y de la reproducción social general. Es a través de estas relaciones de producción y reproducción que las condiciones que se originan en campos más amplios de la sociedad se internalizan y experimentan (y a veces se invierten o se resisten) dentro de los hogares. Debido a que las actividades del hogar vinculan a los miembros directamente con las relaciones que producen y reproducen continuamente a toda la sociedad, se puede observar que los hogares varían sistemáticamente de acuerdo a las clases sociales en su habilidad para acceder a los recursos, acumularlos y transmitirlos.

El concepto de familia es un poco más difícil de definir que el de hogar. En la bibliografía sobre historia de la familia, por lo general 'familia' significa un grupo de parientes, excluyendo a sirvientes, inquilinos, etc., que *deberían* vivir juntos en el interior de los hogares. Quiero plantear que tenemos que centrarnos en la parte del "deberían" de tal definición (es decir, la idea de que las familias basadas en el parentesco son normativas), para revelar una estructura clave para la comprensión de la ideología. Es a través de su compromiso con el concepto de familia que las personas son reclutadas hacia las relaciones materiales de los hogares. Dado que las personas aceptan el significado de la familia, establecen relaciones de producción, reproducción y consumo entre ellas: se casan, tienen hijos, trabajan para mantener a quienes dependen de ellos, transmiten y heredan recursos materiales y culturales. En todas estas actividades, el concepto de familia refleja y a la vez enmascara las realidades de la formación y el sustento de los hogares. También pasa por alto la variedad de experiencias que las personas de diferentes categorías sociales tienen dentro de sus hogares. Estas experiencias cambian radicalmente según el género, la generación y la clase. Los hombres y las mujeres, los ancianos y los jóvenes participan de las mismas familias, pero sus experiencias en ellas pueden ser muy diferentes. Por ejemplo, Wolf contrasta los patrones de parentesco patrilineales y patrilocales descritos convencionalmente para China, con las familias uterinas de una comunidad de mujeres en las zonas rurales de Taiwán, que organizan la reproducción y la producción centrándose en las mujeres. En este análisis, los hombres y las mujeres tienen familias diferentes de las que pueden depender. Reiter señala de forma similar que en la Provenza rural contemporánea, los hombres y las mujeres de un pequeño pueblo agrícola tienen en realidad dos familias diferentes (pero superpuestas): las familias de los hombres son más nucleares; las de las mujeres, más extendidas, dada la forma en que las relaciones laborales separan y reconectan los hogares en la división del trabajo por género.¹⁰

10 M. Wolf, 1972. *Women and the family in rural Taiwan*. Stanford: Stanford University Press, y R. B. Reiter, 1974. *Sexual Domains and Family in Two Communes in Southeastern France*. Ann Arbor: University Microfilms.

El significado de las experiencias familiares difiere significativamente entre las diferentes clases. Por ejemplo, los trabajos recientes sobre la historia de la infancia y los ciclos domésticos revelan que ser un niño es una relación social muy variable. Yo diría que gran parte de esa variación refleja el reclutamiento y la socialización en la clase. Un joven aprendiz colocado en un hogar de artesanos experimentó su adolescencia de forma diferente a como lo hicieron los niños campesinos redistribuidos entre los hogares vecinos como excedentes de mano de obra y consumidores, o las niñas cuidadoras de niños intercambiadas entre hogares relacionados de comerciantes de África Occidental en diferentes momentos de sus ciclos domésticos.¹¹ Los tres eran culturalmente “jóvenes” que se incorporaban a las relaciones de clase mientras se movían entre hogares bajo la égida de las familias.

Para usar un ejemplo más contemporáneo, un debate en el movimiento de mujeres de los Estados Unidos se centra en el futuro de la familia, ya que limita y sostiene a las mujeres. Sin embargo, no todas las mujeres tienen las mismas experiencias en sus familias, por lo que no entran en ese debate con una comprensión similar acerca de qué es lo que la familia proporciona y qué es lo que niega. Muchas mujeres muy pobres se valen de sus parientes para formar redes extensas y flexibles en las que circulan dinero, bienes, alimentos, muebles y, a veces, niños.¹² Las familias de clase media a menudo parecen sustituir mediante productos aquellos procesos sociales en los que las personas más pobres participan como parientes. En la clase media estadounidense, el “trabajo femenino” está mediado por el acceso a planes de salud, tarjetas de crédito, préstamos bancarios o regalos de bienvenida,¹³ en tiempos de tensión familiar en los que los más pobres recurren los unos a los otros. Tales experiencias están íntimamente ligadas a las relaciones de producción, reproducción y consumo que traducen las abstracciones de “clase” directamente en los hogares. Por lo tanto, estas relaciones son experimentadas como “privadas” por los miembros de las familias que ocupan y conectan esos hogares. Pero, en la medida en que las personas ingresan al mundo de la familia como miembros socialmente definidos de categorías más generales, sus experiencias no son simplemente privadas. Tampoco son uniformes entre géneros, generaciones o clases.

Sin embargo, esas diferentes experiencias no son objeto de la mayoría de los análisis de las ciencias sociales sobre la familia. Los científicos sociales, como todos los demás, son tanto participantes como observadores en las familias; y tienden con facilidad

11 Los aprendices europeos se discuten en Laslett, *The World We Have Lost*. El intercambio de niños como trabajadores y consumidores entre los campesinos se trata en Berkner, *The Stem Family and the Developmental Cycle of the Peasant Household*; y los cuidadores de niños de África occidental son abordados en G. Marshall, 1975. *Where Women Work*. Ann Arbor: University Museum Publications.

12 Para ejemplos, ver estudios como: C. B. Stack, 1974. *All Our Kin: Survival Strategies in a Black Community*. New York: Harper & Row; Joyce A. Ladner, 1971. *Tomorrow's Tomorrow: The Black Woman*. Garden City, NY: Doubleday & Co; y M. C. Dougherty, 1978. *Becoming a Woman in Rural Black Culture*. New York: Holt, Rinehart & Winston.

13 N. del T: ‘Welcome Wagons’ en el original.

a universalizar experiencias que reflejan sus propias relaciones de clase y de género. Como feministas, debemos ser particularmente cuidadosas de no caer en la misma trampa al suponer que “las políticas de la vida familiar” ocurren dentro de una entidad uniforme. Hacerlo es incorporar un sesgo de clase media en nuestras estrategias de transformación, incluso cuando intentamos construir coaliciones más allá de las líneas étnicas y de clase. El problema de la falsa universalización está profundamente arraigado en nuestra cultura; los conceptos que tienen referentes específicos de clase y género se utilizan a menudo *como si* describiesen una experiencia única y uniforme. Puede que personas de orígenes radicalmente distintos crean en la familia, pero las relaciones sociales a las que se refieren no son necesariamente las mismas. Sus familias están profundamente condicionadas por las relaciones que sus hogares mantienen con los procesos de producción, reproducción y consumo. La creencia en la familia actúa como una especie de amortiguador ideológico que mantiene a las personas en funcionamiento y disminuye las tensiones que a menudo generan esos continuos procesos económicos.

Por supuesto, el amortiguador ideológico que provee el concepto de familia no es utilizado sólo internamente por los diferentes miembros de la familia o incluso por las diferentes clases. También es utilizado por el Estado para regular las relaciones entre los miembros de la familia y las clases. La naturaleza de la organización y del poder estatal es históricamente muy variable. No obstante, considero que es justo decir que todos los Estados promulgan, aplican y dependen de una “política familiar”. El ámbito jurídico ha definido formas familiares legítimas y se ha basado en la noción de familia para reproducir la autoridad del Estado. Hay un largo camino desde la primera ley mesopotámica descifrable, que especifica la monogamia para las mujeres, no para los hombres, hasta las políticas de bienestar de los Estados Unidos contemporáneos, que continúan otorgando pagos de ayuda a familias con hijos dependientes (AFDC)¹⁴ a las madres pobres sólo si no hay un padre que contribuya al hogar.¹⁵ En ambos casos, sin embargo, es evidente el poder del Estado para reorganizar las relaciones de reproducción. A veces, los Estados crean activamente el tipo de familia que necesitan como parte de su legitimación política; este fue el caso del concepto de “patriarcado” en la historia política inglesa durante los siglos XVI y XVII.¹⁶ La distinción entre el hogar como relaciones materiales y la familia como reclutamiento normativo hacia esas relaciones debería permitirnos examinar tanto la creación como la resistencia a medidas políti-

14 N. de la T: ‘*Aid to Families with Dependent Children*’ en el original.

15 Los códigos legales mesopotámicos son discutidos por R. Rohrlach-Leavitt, 1977. *Women in Transition: Crete and Sumer*, en: R. Bridenthal y C. Koontz (eds.), *Becoming visible: Women in European History*. Boston: Houghton Mifflin Co. Las políticas actuales de la AFDC y sus implicancias para las familias son abordadas en C. C. Blaydon y C. B. Stack, 1977. *Income support policies and the family*. *Daedalus*, vol. 106, no. 2, pp. 147-161; y K. Kenniston y Carnegie Council, 1977. *Children, All Our Children: the American Family under Pressure*. New York: Harcourt Brace Jovanovich.

16 Stone, *The Rise of the Nuclear Family in Early Modern England: the Patriarchal Stage*.

cas. Las leyes de impuestos, conscripción, trabajo y protección social rigen las relaciones de autoridad y la extracción de excedentes entre géneros, generaciones y clases organizadas dentro de los hogares.

Usar la distinción entre hogar y familia de la manera expuesta anteriormente, podría permitirnos trascender los supuestos ideológicos de naturalidad que impregnan la literatura sobre la historia de la familia y las teorías de las ciencias sociales modernas sobre ella. Esta perspectiva nos permite considerar temas problemáticos tales como el poder ideológico que se atribuye a las nociones de la familia y al potencial de transformación inherente a las formas familiares.

Una vez hecha una distinción teórica entre hogares y familias, comenzamos a comprender cómo la ideología penetra en nuestras relaciones sociales más íntimas y condiciona nuestra aceptación o resistencia a los valores dominantes en la sociedad. Por ejemplo, en la historia de los Estados Unidos, a menudo se ha culpado a los pobres por su propia pobreza. Las normas familiares de la clase media a veces han proporcionado el vocabulario con el que se responsabilizaba a los pobres de su propia situación. La lucha por la educación pública, la escolarización, los roles masculinos y femeninos y lo que debía ser una “familia estadounidense” fue feroz durante la segunda oleada de inmigración que llevó a gran parte de la clase trabajadora industrial a las ciudades de los Estados Unidos.¹⁷ Por supuesto, la clasificación de las familias negras como patológicas en las ciencias sociales y la política gubernamental del siglo xx es otro ejemplo del mismo proceso, tanto más duro por su discriminación racial como de clase. Dadas las contribuciones de los estudios sobre los afroamericanos, ahora podemos ver que, a partir de las circunstancias opresivas de la esclavitud y la libertad empobrecida sobre las que se asentaban las bases cambiantes de la formación de los hogares, las mujeres y los hombres negros inventaron formas familiares (incluida la adopción y el parentesco ficticio) que tejieron una red de parentesco donde no se permitía la existencia de ninguna.¹⁸ A partir de su creencia en las familias, invirtieron la realidad social de la fragmentación y la movilidad forzada que socavaba la estabilidad de los hogares e hicieron que “casi nada” sirviera de mucho. La ideología dominante invierte aquellas luchas y califica a las

17 Las reformas familiares propuestas para los migrantes de clase trabajadora son discutidas por B. Ehrenreich y D. English, 1975. *The Manufacture of Housework. Socialist Revolution*, vol. 5, no. 26; C. Lopate, 1974. The irony of the Home Economics Movement. *Edcentric*, no. 31/32, p. 40; y S. Bowles, y H. Gintis, 1976. *Schooling in Capitalist America. Educational Reform and the Contradictions of Economic Life*. New York: Basic Books. Puede considerarse que algunos elementos, tanto del movimiento de reforma moral como del movimiento progresista, abordan los problemas relativos a las relaciones cambiantes entre los géneros y las generaciones, a medida que el capitalismo estadounidense atravesaba los procesos duales de proletarianización y urbanización.

18 Los análisis recientes sobre las familias afroamericanas, históricos y presentes, incluyen trabajos como: H. G. Gutman, 1976. *The Black Family in Slavery and Freedom, 1750-1925*. New York: Pantheon; E. Genovese, 1974. *Roll, Jordan, Roll: The World the Slaves Made*. New York: Basic Books; Ladner, *Tomorrow's Tomorrow*; Stack, *All Our Kin*; y R. Staples, 1974. The Black Family Revisited: a Review and a Preview. *Journal of Social and Behavioral Sciences*, vol. 20, no. 2, pp. 65-78.

familias negras (y especialmente a las madres negras) como defectuosas; lo que resulta defectuoso son más bien las disposiciones económicas de la sociedad que impiden que sus hogares formen bases estables. Este uso del concepto de familia para culpar a las personas en términos íntimos por “fracasos” socialmente construidos es un ejemplo de dominación ideológica a lo largo de las líneas simultáneas de raza, clase y sexo.

Una vez examinado el poder ideológico del concepto de familia, podremos tener un mejor control sobre el análisis de los potenciales transformadores que pueden tener las diferentes formas de familia. En vez de discutir de manera más bien abstracta si la familia se desmorona o se mantiene, podemos examinar con más precisión qué tipos de familias cambian y se resisten al cambio a la luz de los vínculos del hogar con ámbitos más amplios. Este análisis nos ayudará no sólo a comprender mejor las diferentes historias de las formas familiares, sino también a pensar de modo más concreto en la teoría y la práctica sobre los experimentos de hogares alternativos que han intentado muchos movimientos progresistas. Con tal análisis, se hace posible ver la defensa de la familia obrera durante la industrialización británica como una forma de resistencia colectiva a la proletarización, adquirida, en parte, por el fortalecimiento de las relaciones patriarcales en su seno. Las implicaciones para las relaciones entre hombres y mujeres dentro de los hogares son muy diferentes a las de algunos de los hogares y las familias más centradas en las mujeres que se han analizado en el Tercer Mundo. Por ejemplo, el estudio autobiográfico de Moyo sobre los matabele de Rhodesia describe una tremenda lucha en defensa de las familias extendidas, librada por comunidades unidas a través de “madres pequeñas” y “madres grandes”. El significado indígena de la maternidad extendía el parentesco a toda la sociedad y todas las mujeres adultas eran partícipes. Cuando los misioneros británicos intentaron identificar las familias, se vieron confundidos por las relaciones extendidas, fluidas y complejas que observaron. Expropiaron a los “huérfanos” porque los niños de las tribus no encajaban en las formas familiares que los británicos intentaban producir. Los grupos de parentesco extendido, organizados alrededor de las madres pequeñas y grandes, lucharon para liberar a los “huérfanos” como parte de una resistencia a las formas familiares impuestas por el Estado que acompañaron al colonialismo. Tales redes de parentesco extendidas centradas en las mujeres han sido identificadas también en el Caribe, y Caulfield las ve como un rasgo central de las culturas de resistencia.¹⁹ Aunque la analogía es prematura, me parece que tenemos la posibilidad de hacer en la historia de la familia lo que la antropología ha hecho en el análisis de las rebeliones y revoluciones campesinas:

19 Mi interpretación de las relaciones familiares de la clase trabajadora se basa en parte en: H. Hartmann, 1976. *Capitalism, Patriarchy and Job Segregation by Sex*. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 1, no. 3, parte 2, pp. 137-169; y J. Humphries, 1977. *Class Struggle and the Persistence of the Working-Class Family*. *Cambridge Journal of Economics*, vol. 1, no. 3, pp. 241-258. Mis ejemplos del Tercer Mundo son interpretaciones de: E. Moyo, 1973. *Big Mother and Little Mother in Matabeleland*. *Ruskin College History Workshop Pamphlets*, no. 3; y M. Davis Caulfield, 1974. *Imperialism, the Family, and Cultures of Resistance*. *Socialist Revolution*, vol. 20, no. 4, pp. 67-85.

delinear qué microformas están particularmente bien situadas para la resistencia, la guerra de guerrillas, la cooptación y similares.²⁰ También tenemos que pensar concretamente sobre los diferentes recursos y resistencias que las categorías de familias aportan al cambio social rápido.

En resumen, claramente no estoy en contra del estudio de la historia de la familia, estoy a favor. Estoy en contra de hacerlo *como si* tuviésemos una unidad uniforme y presuntamente natural con la que trabajar. Creo que tenemos que deconstruir la familia como una unidad natural y reconstruirla como una unidad social. En el proceso, creo que encontraremos que un aspecto muy importante de la familia es ideológico. Como tal, su propio significado se convierte en un terreno de lucha. Refleja y da forma a las fuerzas materiales que vinculan a las personas dentro de los hogares con las relaciones que entendemos de género y de clase.

LAS MUJERES Y LA FAMILIA

ELLEN ROSS²¹

Hasta hace poco, las historiadoras de las mujeres eran menos propensas a estudiar a las mujeres como miembros de una familia que como grupos organizados, personas distinguidas o como una casta con preocupaciones compartidas y demandas colectivas.

Como otras feministas, veíamos las familias como opresivas y controladoras para las esposas y las hijas, y concluimos que no era en estos roles que las mujeres podrían “hacer historia”. Sin embargo, ahora todas estamos extremadamente interesadas en el desarrollo histórico de las formas familiares y, a juzgar por nuestro fructífero uso de estudios previos realizados por Olwen Hufton, Laura Oren, Joan Scott y Louise Tilly,²² estamos convencidas de que el trabajo sobre las mujeres en su contexto familiar apunta en una dirección positiva.

¿Qué fue lo que cristalizó nuestro deseo de entender la familia y las experiencias de las mujeres inmersas en ella? Me parece que sólo recientemente hemos comenzado a apreciar el poder abrumador de los sentimientos y vínculos familiares. La atracción de la maternidad, por ejemplo, no desapareció con el resurgimiento del feminismo en la

20 Un análisis detallado de la contribución de la estructura social campesina en la movilización política se encuentra en: E. R. Wolf, 1969. *Peasant Wars of the Twentieth Century*. New York: Harper & Row, en H. Alavi, 1968. *Peasants and Revolution*; en: R. Miliband y J. Saville (eds.), *The Socialist Register*. Londres: Merlin; H. Alavi, 1973. *Peasant Classes and Primordial Loyalties*. *Journal of Peasant Studies*, vol. 1, no. 1, pp. 23-62; y E. J. Hobsbawm, 1973. *Peasants and Politics*. *The Journal of Peasant Studies*, vol. 1, no. 1, pp. 3-22.

21 Ellen Ross desea agradecer a Christine Stansell por su valiosa lectura de una primera versión de este ensayo.

22 O. Hufton, 1971. *Women in Revolution, 1787-1796*. *Past and Present*, no. 53, pp. 90-108; L. Oren, 1973. *The Welfare of Women in Laboring Families: England, 1860-1950*. *Feminist Studies* [en línea], vol. 1, no. 3/4, pp. 107-125; J. W. Scott y L. A. Tilly, 1975. *Women's Work and the Family in Nineteenth-Century Europe*, en: Rosenberg (ed.), *The Family in History*, pp. 145-178; L. A. Tilly, J. W. Scott y M. Cohen, 1976. *Women's Work and Fertility Patterns*. *Journal of Interdisciplinary History*, vol. 6, no. 3, pp. 447-476.

década de 1960, sólo se relajó temporalmente cuando millones de mujeres descubrieron el placer y la importancia de los mundos no familiares de la satisfacción laboral, las relaciones con colegas, la pertenencia a un grupo, la política y la amistad. Sin embargo, en los últimos cuatro o cinco años, las feministas nos hemos enfrentado a la importancia que sigue teniendo la familia en nuestras propias vidas. También empezamos a ver el crecimiento de los movimientos de derechas contra el derecho al aborto, la Enmienda de Igualdad de Derechos y el feminismo en general, que aprovechan y explotan los ampliamente difundidos temores populares a la desintegración de la familia.²³

Está surgiendo un nuevo análisis feminista de la familia, que avanza más allá de los trabajos previos sobre los aspectos económicos del lugar de las mujeres en el hogar, hacia una conceptualización del poder de la familia en la creación y la reproducción del núcleo de nuestro ser como mujeres, nuestra identidad femenina. En nuestra búsqueda por comprender la fortaleza y la continuidad del “sistema sexo / género” hemos recurrido a Freud y a otras teorías de la personalidad, así como a Marx.²⁴

Esta comprensión más aguda del significado de la familia en las historias de vida de nuestra propia generación ha centrado nuestra atención en el hecho de que la maternidad, la domesticidad y el parentesco han constituido el centro de la vida de la mayoría de las mujeres en las sociedades occidentales y en otras. Por tanto, para comprender los parámetros históricos de las vidas de las mujeres, necesitamos saber más sobre ellas como madres, hijas y hermanas.

En la generación que ha transcurrido desde que Jules Henry y el Grupo de Cambridge estructuraron la disciplina en su forma moderna, los historiadores de la familia y la demografía nos han proporcionado una gran cantidad de información sobre las experiencias relacionadas con el parentesco de millones de mujeres que de otro modo serían invisibles. Las técnicas de recopilación e interpretación de datos sobre la edad de matrimonio, las tasas de fecundidad, el tamaño del hogar y las pautas de residencia y migración de las familias han proporcionado conocimientos sobre la situación de las mujeres que, incluso hace media generación, eran prácticamente inexistentes. Nuestra apreciación de las dimensiones históricas de la feminidad se ha profundizado enormemente gracias a ello. En la actualidad, por ejemplo, se sabe que las mujeres estadounidenses y europeas pasan alrededor de una séptima parte de su esperanza de vida de setenta y cinco años como “madres”, en el sentido físico –embarazadas, amamantando o cuidando niños en edad preescolar–, en comparación con el alrededor de un tercio de vida que dedicaban hasta períodos tan recientes como el 1900, cuando su expectativa de vida era mucho más corta.²⁵ Por lo tanto, la experiencia física y material

23 Ver L. Gordon y A. Hunter, 1977. Sex, Family and the New Left: Anti-Feminism as a Political Force. *Radical America*, vol. 11-12, no. 6, 12, pp. 9-25.

24 El término es utilizado por Gayle Rubin en su importante artículo de síntesis: G. Rubin, 1975. The Traffic in Women: Notes on the «Political Economy» of Sex, en: R. R. Reiter (ed.), *Toward an Anthropology of Women*. New York y Londres: Monthly Review Press, pp. 157-210.

25 E. Sullerot, 1971. *Women, Society, and Change*. Nueva York y Toronto: McGraw-Hill. pp. 74-75.

de la maternidad ha disminuido en importancia, para ser compensada, tal vez, por un mayor énfasis en sus aspectos psicológicos.

Pero los investigadores que se centran en la historia de las mujeres probablemente encontrarán problemas metodológicos cuando busquen las experiencias de las mujeres en la bibliografía existente sobre la historia de la familia y demográfica. En efecto, gran parte de ella hace suposiciones que oscurecen, en lugar de revelar, las experiencias históricas reales de las mujeres, así como las fuerzas que determinan los límites de sus vidas.

Destaco cuatro supuestos que se dan tanto en los tratamientos sociológicos de la familia contemporánea basados en la metodología estructural-funcionalista,²⁶ como en gran parte de la historia de la familia, que también se basa en ella a grandes rasgos: (1) que las familias son unidades “naturales”, es decir, biológicas, cuya forma puede entenderse en términos de lazos de sangre y en relativo aislamiento con respecto a fuerzas e instituciones sociales tales como las iglesias, los gobiernos estatales, la disponibilidad de empleo y el acceso a la tierra; (2) que las familias son el único ámbito en el que se produce un contacto emocional significativo; (3) que los sexos y las generaciones experimentan las familias de la misma manera y que sus necesidades e intereses son idénticos independientemente de su posición en la familia, ocultando así las preocupaciones de los hijos y de las esposas, que a menudo son absorbidas acríticamente por las del “cabeza de familia” (los demógrafos, en especial, hacen esta suposición); y (4) que la mejor manera de conceptualizar las relaciones entre los miembros de la familia es bajo la rúbrica de “rol”, con sus implicaciones de armonía y de un proceso de simple “entrenamiento” sobre cómo cumplirlo. En lo que sigue, quiero cuestionar estos supuestos, mostrando cómo el trabajo histórico reciente ya los ha socavado. Aunque ciertamente no tenemos todavía una nueva comprensión del proceso histórico, hemos avanzado más de lo que sabemos hacia la elaboración de un marco más amplio para la historia de la familia de las mujeres, la cual rescata a las esposas e hijas del “encubrimiento” conceptual que tan a menudo ha sido su destino.

La familia como entidad biológica. Como ya ha señalado Rayna Rapp, el hecho de que existan efectivamente relaciones biológicas dentro de las familias, oscurece hasta qué punto la “familia” se define por fuerzas puramente sociales. Hace más de dos décadas, Philippe Ariès demostró que la infancia no es una categoría biológica sino social. Esto debería habernos alertado sobre la cuestión de la “naturalidad” de otras definiciones de este tipo, pero sólo últimamente algunos historiadores han intentado separar lo social de lo biológico en la familia.

El parentesco sanguíneo se entiende de forma diferente de una sociedad a otra. Incluso en la historia europea, como muestra Natalie Davis, ha habido una gran variación en las enseñanzas eclesásticas sobre los grados de consanguinidad y los matrimonios prohibidos. Antes del siglo XIII, el matrimonio dentro del séptimo grado estaba prohibido, al menos en teoría; más tarde lo estuvo dentro del cuarto grado. Los padrinos se

26 Ver pp. 291-292 de este artículo.

consideraban siempre parientes de sangre en la Europa medieval, aunque hoy solo los consideraríamos “amigos”.²⁷ En la actualidad, la consanguinidad se designa de forma tan estricta que los primos hermanos pueden casarse en muchas culturas occidentales.

Los conceptos sobre las relaciones de parentesco significativas han sufrido cambios drásticos similares, ampliándose y contrayéndose a medida que el apoyo de los parientes era más o menos necesario. La identidad familiar en la temprana Edad Media tendía a extenderse horizontalmente hasta los primos terceros y cuartos; e incluía no sólo a los hijos ilegítimos, sino también a criados de diversa índole. A los miembros de esta amplia red se acudía en busca de protección o venganza; también podían ser castigados por los delitos de los demás.²⁸ Con el Renacimiento en Italia, y un poco más tarde en Inglaterra, se desarrolló el concepto “longitudinal” de la familia, más conocido como un nombre y una propiedad transferida de padre a hijo; las genealogías inglesas del siglo XVI apenas prestaban atención al seguimiento de otra línea que no fuera la masculina.²⁹

En los siglos intermedios, se había producido una constelación de cambios sociales que hicieron más común esta última definición. Los gobiernos estatales habían asumido muchas de las funciones de protección de las anteriores redes de parentesco y clanes; y de hecho, como demuestra Stone, en Inglaterra el gobierno se había propuesto deliberadamente debilitar el parentesco como sistema de poder rival y lanzar un aluvión de propaganda a favor de la lealtad al Estado y al soberano.³⁰ También se había desarrollado la verdadera propiedad privada de la tierra, el capital y los oficios, que podían dejarse fácilmente a los herederos, mientras que también había disminuido el poder de los vecinos, gobiernos locales, gremios, señores feudales, la Iglesia y los monarcas para determinar lo que los padres hacían con sus hijos y sus propiedades.³¹ El énfasis protestante en el valor y la dignidad del amor conyugal también participó de esta contracción de la familia. Si el amor es un poderoso vínculo emocional entre una pareja recién casada, también es una forma de separarlos de sus padres y de otros parientes, y de establecer una unidad familiar nueva y distinta.³²

A principios de la era moderna, los cambios legales también fomentaron esta redefinición de las relaciones familiares. Las leyes de Protección en Inglaterra aumentaron el poder material de los maridos sobre las esposas; el debilitamiento de la implicación

27 Davis. *Ghosts, Kin and Progeny*, pp. 101 y páginas siguientes. Véase también el análisis de Stone sobre las concepciones inglesas de la “amistad” en los siglos XVI y XVII, en *The Family, Sex and Marriage*, pp. 97-98.

28 Davis. *Ghosts, Kin and Progeny*, p. 88; Stone, *The Family, Sex and Marriage*, pp. 132-35; J. Kelly-Gadol, 1977. *Did Women have a Renaissance?*, en: R. Bridenthal y C. Koonz (eds.), *Becoming visible: Women in European History*. Boston: Houghton Mifflin Co., p. 146.

29 Stone, *The Family, Sex and Marriage*, p. 135.

30 *Ibid.*, pp. 132-33.

31 Davis. *Ghosts, Kin and Progeny*, p. 88; Stone. *The Rise of the Nuclear Family*, p. 32.

32 W. J. Goode, 1974. *The Theoretical Importance of Love*, en: R. L. Coser (ed.), *The Family: Its Structure and Functions*. 2da. New York: St. Martin's Press, pp. 143-156.

externa en la Inglaterra del siglo xvi “fortaleció en gran medida la capacidad del jefe de familia para disponer de los bienes como él quisiera”, señala Stone. Éste y David Hunt muestran que el deseo de los padres de controlar las opciones ocupacionales y matrimoniales de sus hijos en estas circunstancias condujo a la dura disciplina en la escuela y en el hogar que tuvieron que soportar los niños de clase alta, especialmente los varones.³³ La ley también aumentó las responsabilidades de los maridos y de los padres, especialmente en los estratos superiores. Una ley isabelina (35 Eliz. cap. 1) obligaba a los jefes de familia a velar porque sus hijos y aprendices fueran a la iglesia bajo pena de multa. Bajo Enrique VIII (34 y 35 Hen. VIII cap. 1), se permitía a los comerciantes, los nobles y caballeros propietarios leer la Biblia con sus familias, pero el privilegio se retiró expresamente a las mujeres y a los hombres que se encontraban por debajo de la designación de “artesanos calificados”.³⁴

Ver la familia como una unidad articulada biológicamente hace que algunos hechos sobre su funcionamiento sean innecesariamente desconcertantes; los historiadores de la familia a veces se encuentran con que tienen que dar cuenta de la penetración de la barrera familiar –una barrera que estamos diciendo que no existe realmente– por fuerzas externas a ella. En *The Making of the Modern Family*, Edward Shorter nos muestra muchas formas en las que la sociedad de las aldeas preindustriales en Europa interpenetraba la vida familiar a través de las costumbres de cortejo, las bodas y los funerales, y la ausencia de cualquier creencia popular sobre la privacidad del hogar. Sin embargo, toma como punto de partida la imagen “natural” de la familia y ve que la comunidad se entromete con demasiada frecuencia en la privacidad familiar.³⁵ Como Christopher Lasch y Kenneth Keniston han argumentado recientemente de forma persuasiva, la privacidad –el sentido de intimidad y retiro del mundo que asociamos con la familia actual– es tanto una ilusión como una parte de la ideología del siglo xx.³⁶ Nuestras familias “privadas” son tan productos sociales y están tan estrechamente entrelazadas con la esfera pública como las relaciones familiares más diluidas o extendidas que describe Shorter. Un punto de partida más fructífero podría ser una pregunta diferente: ¿en qué circunstancias económicas y sociales son más fuertes las relaciones de parentesco nuclear y no nuclear, y cuándo son más importantes los lazos comunitarios, de vecindad o de pares?³⁷

33 Stone. *Rise of the Nuclear Family*, pp. 35, 36-49; D. Hunt, 1972. *Parents and Children in History: The Psychology of Family Life in Early Modern France*. New York: Harper Torchbooks, pp. 133-39; 152-158.

34 C. Hill, 1967. *Society and Puritanism in Pre-Revolutionary England*. New York: Schocken Books, pp. 446-447.

35 E. Shorter, 1975. *The Making of the Modern Family*. New York: Basic Books, pp. 39-53; 121-38, 213-26; sobre la “intimidad” en las colonias estadounidenses, véase N. F. Cott, 1976. *Eighteenth-Century Family and Social Life Revealed in Massachusetts Divorce Records*. *Journal of Social History*, vol. 10, no. 1, pp. 20-43, especialmente pp. 21-24.

36 Lasch, *Haven in a Heartless World*; K. Kenneth and the Carnegie Council, *Children, All Our Children*.

37 Véase, por ejemplo, D. Sabeen, 1976. *Aspects of Kinship Behavior and Property in Rural Western*

Lazos más allá de la familia. No tenemos una comprensión clara de los cambios históricos en la vida emocional humana. La mera dificultad para acceder a los sentimientos y las estructuras de la personalidad es una de las razones de nuestra ignorancia. Otra razón es no haber mirado más allá de la familia, a otros contactos emocionales que, de hecho, podrían estar mejor documentados, formando así una imagen más completa y compleja de la emocionalidad. Podemos estar emocionalmente comprometidos con clubes y grupos cívicos, con visitar y compartir actividades con los vecinos, cooperar, socializar o reñir con los compañeros de trabajo, y con mantener amistades o relaciones amorosas del mismo sexo. Pero el ideal de la exclusividad familiar, especialmente tal como se formula en términos freudianos en el siglo xx, tiende a restar importancia a todas las interacciones no familiares.

Trabajos recientes basados en diarios y correspondencia han reconstruido y reinterpretado los patrones emocionales de las mujeres estadounidenses de clase media del siglo xix. Si nos limitáramos a las relaciones entre estas esposas y sus maridos, mirando sólo dentro de la familia, encontraríamos estas relaciones rígidas y formales; y haríamos juicios sobre la personalidad y la vida afectiva en consecuencia. Sin embargo, los diarios y las cartas muestran que, en los vínculos con las amigas y los parientes, las mismas mujeres son apasionadas, sensuales y devotas. La rígida separación entre la esfera femenina y la masculina en la sociedad estadounidense de clase media, la designación de las mujeres como el más compasivo, sensible y religioso de los sexos, y sus experiencias compartidas en las escuelas e iglesias, así como en la familia, fueron el terreno histórico en el que crecieron y se honraron tales amistades íntimas.³⁸ En las últimas décadas del siglo, sin embargo, estos vínculos parecieron perder su poder, ya que el amor conyugal se convirtió en un foco emocional más central y en una preocupación social.³⁹

Las redes paralelas han vinculado a los parientes y los vecinos de las mujeres pobres y de la clase trabajadora en formas cuya importancia emocional, económica y política sólo estamos empezando a comprender. Las mujeres cuyas familias se mudaban con demasiada frecuencia como para participar en las redes vecinales, pero que estaban lejos de sus parientes, podían sentirse especialmente solas y vulnerables. Las fuentes británicas de los siglos xix y xx muestran a las vecinas intercambiando comida, cuidado de los niños y otros servicios importantes, como refugio y consuelo durante las crisis domésticas, ayuda durante la enfermedad e incluso asistencia para alimentar o

Europe before 1800, en: J. Goody, J. Thirsk y E. P. Thompson (eds.), *Family and Inheritance; Rural Society in Western Europe 1200-1800*. Cambridge y Londres: Cambridge University Press, pp. 96-111.

38 C. Smith-Rosenberg, 1975. The Female World of Love and Ritual: Relations between Women in Nineteenth-Century America. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 1, no. 1, pp. 1-29; N. F. Cott, 1977. *The Bonds of Womanhood: «Woman's Sphere» in New England, 1780-1835*. New Haven: Yale University Press, capítulos 2 y 5; N. Sahli, 1966. Changing Patterns of Sexuality and Female Interaction in Late Nineteenth-Century America. *Third Berkshire Conference on the History of Women*. Bryn Mawr College.

39 Sahli. Changing Patterns of Sexuality.

bañar a los maridos de las demás.⁴⁰ Las prostitutas de Plymouth y Southampton, acosadas bajo las Leyes de Enfermedades Contagiosas⁴¹ entre los años 1860 y 1880, crearon una subcultura que les proporcionaba compañía y ayuda mutua; también formaban parte de sus comunidades femeninas lo suficiente como para obtener ayuda financiera y apoyo en los tribunales de sus caseras, de parientes femeninas y de “vecinos pobres pero respetables”.⁴²

Es probable que estas redes de amistad y apoyo hayan provisto los crisoles en los que se formaron los actos colectivos de rebelión. En el siglo XIX, grupos de fabricantes de guantes de cuero de Worcester atacaron a las señoras que llevaban los guantes de seda que causaban su desempleo; en la década de 1830, grupos de mujeres de la clase trabajadora apoyaron a los candidatos cartistas patrocinando colectivamente a los comerciantes que habían votado por ellos. Las mujeres del barrio acosaron a la policía que intentaba realizar detenciones en virtud de las Leyes de Enfermedades Contagiosas en las décadas de 1860 y 1870 y participaron activamente en la organización de manifestaciones contra dichas Leyes. Los organizadores de los actos que buscaban la derogación de las Leyes, de clase media, parecían sentirse bastante cómodos con estas expresiones populares. Mientras las estrategias políticas de la clase obrera fueron compatibles con las tradiciones colectivas femeninas, las mujeres también participaron activamente en la política radical en Gran Bretaña. Pero en la década de 1850, sugiere Dorothy Thompson, las mujeres empezaron a quedar relegadas a causa de los sindicatos más estructurados y por el nuevo interés de los trabajadores calificados en ejercer el derecho de voto local.⁴³ En la política más formal que surgió, la transición del contacto personal a la acción política pudo hacerse con menos facilidad.

El artículo de E. P. Thompson “Tiempo, disciplina del trabajo y capitalismo industrial” puede leerse como un retrato de los efectos de la industrialización en la vida emocional y laboral de los hombres, en particular, porque describe la segregación de la

40 M. Young y P. Wilmott, 1957. *Family and Kinship in East London*. Harmondsworth, Inglaterra: Penguin Books, y R. Roberts, 1973. *The Classic Slum*. Harmondsworth, Inglaterra: Penguin Books, son ricos en detalles sobre el vecindario. Véase también S. Meachem, 1977. *A Life Apart. The English Working Class 1890-1914*. Cambridge: Harvard University Press, capítulo 2; N. Tomes, 1978. A «Torrent of Abuse»: Crimes of Violence between Working-Class Men and Women in London, 1840-1875. *Journal of Social History*, vol. 11, no. 3, pp. 335-38; y P. Thompson, P., 1977. *The Edwardians: The Remaking of British Society*. St. Albans, Inglaterra: Paladin Books, pp. 52-53; 88; 119-20; 144.

41 N. de la T: ‘Contagious Diseases Acts’ en el original.

42 J. Walkowitz, 1977. The Making of an Outcast Group, en: M. Vicinus (ed.), *A Widening Sphere*. Bloomington: Indiana University Press. pp. 72-93; 85-87.

43 D. Thompson, 1976. Women and Nineteenth-Century Radical Politics: A Lost Dimension, en: J. Mitchell y A. Oakley (eds.). Harmondsworth, Inglaterra: Penguin Books: pp. 112-38; 116-20; 125-26; 136-38; Walkowitz. The Making of an Outcast Group; Walkowitz. The Common Prostitute, 1840-1914: An Overview, artículo presentado en la National Conference of British Studies, New York University, 1 de abril de 1978.

amistad y la sociabilidad del trabajo exigida por la disciplina de la fábrica.⁴⁴ En respuesta, surgió un mundo social masculino organizado de forma muy diferente, en el que la amistad y la convivencia eran parte del conjunto de instituciones de “ocio” –clubes, eventos deportivos y *pubs*– que crecieron a medida que la jornada laboral industrial en Inglaterra se reducía a diez y luego a ocho horas.⁴⁵

La armonía familiar. El peligro de suponer la unidad o la completa armonía de intereses entre los miembros de una misma familia es un problema que abordan nuestros tres ensayos. Como los observadores contemporáneos y las estadísticas oficiales suelen utilizar a los padres para representar a sus familias (al asignar la clase y evaluar el nivel de vida, por ejemplo), los hogares quedan absorbidos por sus “cabezas”. Las diferencias en las situaciones de las generaciones o los sexos dentro de las familias quedan ocultas. Cuando aparecen tensiones en la bibliografía, suelen ser entre padres e hijos, como en el libro de Platt y Weinstein *The Wish to be Free*, el estudio de Richard Sennett sobre las familias de clase media de Chicago en la década de 1880 o el trabajo de Lutz Berkner sobre la “familia troncal” en la Austria del siglo XVIII.⁴⁶

Los historiadores demográficos tienden a asumir que las decisiones sobre la limitación del tamaño de la familia son tomadas por ambos miembros de la pareja; la anticoncepción suele ser denominada como una “decisión familiar”. Pero en sus discusiones sobre el “feminismo doméstico” en los Estados Unidos del siglo XIX, Daniel Scott Smith y Linda Gordon han sugerido que la anticoncepción debe ser vista no sólo como un “asunto de familia”, sino también como una arena disputada entre los sexos, una parte de esa lucha ocurre dentro de las familias y otra parte, en formas políticas más públicas.⁴⁷ Observadas desde la posición de las mujeres, las familias se convierten en hecho en áreas en las que el poder tiene un significado concreto y cotidiano.

El relato de Johnny Faragher y Christine Stansell sobre las mujeres norteamericanas en la ruta terrestre,⁴⁸ se centra particularmente en el sufrimiento y la pérdida de las esposas, que formaba parte de lo que a menudo se califica, de forma anodina, como “migración”. Puede que las familias fueran las unidades que emigraron y trabajaron juntas, pero la investigación de Faragher y Stansell reveló un resentimiento generalizado entre

44 E. P. Thompson, 1974. *Time, Work-Discipline and Industrial Capitalism*, en: M. W. Flinn y T. C. Smout (eds.), *Essays in Social History*. Oxford, Inglaterra: The Clarendon Press, pp. 39-77.

45 G. Stedman-Jones, G., 1974. *Working-Class Culture and Working-Class Politics in London, 1870-1900*; Notes on the Remaking of a Working Class. *Journal of Social History*, vol. 7, no. 4, pp. 460-508.

46 Berkner. *The Stem Family in the Developmental Cycle of the Peasant Household*; R. Sennett, 1971. *Middle-Class Families and Urban Violence: The Experience of a Chicago Community in the Nineteenth Century*, en: T. Hareven (ed.), *Anonymous Americans*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, pp. 280-305; G. M. Platt y F. Weinstein, 1973. *The Wish to be Free. Society, Psyche, and Value Change*. Berkeley: University of California Press.

47 L. Gordon, 1973. *Voluntary Motherhood; The Beginnings of Feminist Birth Control Ideas in the United States*. *Feminist Studies*, vol. 1, no. 3/4, pp. 5-22; D. Scott Smith, 1973. *Family Limitation, Sexual Control, and Domestic Feminism in Victorian America*. *Feminist Studies*, vol. 1, no. 3/4, pp. 40-57.

48 N. de la T: ‘*Overland Trail*’ en el original.

las mujeres cuyos maridos las habían obligado a dejar atrás hogares queridos, parientes y amigos y documentan los repetidos intentos de las esposas por recrear su mundo femenino perdido.⁴⁹ Cuando Laura Oren miró detrás de la mística de la unidad familiar en los estudios presupuestarios de las familias británicas anteriores a la Primera Guerra Mundial, descubrió que era incorrecto utilizar esta evidencia para establecer un nivel de vida familiar. En cambio, descubrió dos estándares distintos, uno para los maridos y otro para las esposas y los hijos. La cantidad de carne que se comía a la semana, la calidad de la atención sanitaria y la disponibilidad de actividades recreativas diferían drásticamente entre los maridos y las esposas de una misma familia.⁵⁰ Hasta ahora, los historiadores saben demasiado poco sobre la vida dentro del hogar como para captar muchas de las variaciones históricas concretas del sistema de sexo/género; la falta de voluntad para desglosar las familias en sus partes constituyentes seguramente nos ha retrasado.

Teoría de los roles. El uso de los términos “rol” y “rol de la mujer” presenta un problema de difícil solución; todos seguiremos utilizando estos términos porque es difícil encontrar sustitutos. Las redacciones que describen las actividades reales de las mujeres evitan las implicaciones engañosas de “rol”; pero su connotación de expectativa socialmente definida es un valioso elemento conceptual que se pierde de esta manera.⁵¹ Podemos seguir hablando de roles, pero creo que deberíamos utilizar el término con cuidado y de forma crítica.

Por un lado, los roles son una parte importante de la teoría funcionalista y proporcionan los bloques de construcción de las familias y las sociedades armoniosas que el funcionalismo postula; son, por tanto, piezas de un cuadro social estático y sin conflictos. Utilizando este marco, es difícil pensar en el poder o examinar las estrategias que las mujeres, por ejemplo, han utilizado para aumentar el suyo. La tensión y el conflicto no pueden ser explicados por la teoría de los roles sino como producto de múltiples roles desfasados, como en el estudio de Viola Klein y Alva Myrdal sobre las esposas trabajadoras en Inglaterra, “Women’s Two Roles. Work and Family”.⁵² La existencia de roles que no encajan es simplemente una concesión de la teoría funcionalista a la innegable realidad de la disfunción y la lucha como partes permanentes, no esporádicas, de la vida social.

La teoría de los roles ignora, además, la realidad de la reproducción inconsciente del sexo y el género, una realidad que las feministas han empezado a afrontar y explorar.

49 J. Faragher y C. Stansell, C., 1975. Women and their Families on the Overland Trail 1842-67. *Feminist Studies*, vol. 2, no. 2/3, pp. 150-166. El libro de Faragher sobre el mismo tema pronto a publicarse (Yale University Press), sin embargo, tiende a perder de vista esta percepción.

50 Oren. *The Welfare of Women in Laboring Families: England 1860-1950*; véase también Meacham, *A Life Apart*, capítulo 3.

51 Debo esta observación a Joan Scott (conversación, noviembre de 1977). Esta sección sobre las implicaciones de la teoría de roles fue parte de una charla preparada en conjunto con Rosalind Petchesky, para un taller sobre “Enseñanza sobre la familia”, East Coast Regional Women’s Studies Conference, Livingston College, noviembre de 1976.

52 V. Klein y A. Myrdal, 1968. *Women’s Two Roles: Home and Work*. Londres: Routledge y Kegan Paul.

En sus implicaciones sobre la formación de la personalidad, la teoría de los roles es conductista, asumiendo que simplemente estamos entrenados para llenar los espacios sociales apropiados. De diferentes maneras, Juliet Mitchell, Nancy Chodorow, Adrienne Rich, Dorothy Dinnerstein y otras han demostrado que los cambios en los roles de género son mucho más difíciles de producir de lo que implica la teoría de los roles.⁵³ Dichos cambios requieren algo más que mejores “modelos de conducta” o un “refuerzo positivo” para el nuevo comportamiento. La fuerza de los vínculos psicológicos con la familia –especialmente con las madres– ayuda a explicar la magnitud de la tarea requerida para reorganizar las relaciones de sexo y género. Porque la familia no es sólo el escenario principal en el que se “entrena” a las niñas y a los niños para que asuman los roles adecuados, también proporciona un nexo de relaciones personales que condicionan nuestra sexualidad y nos vinculan a alguna forma de “feminidad”. La maternidad por parte de las mujeres, como sostiene Chodorow, significa que las estructuras de la personalidad y las necesidades y fortalezas emocionales de los niños y las niñas, los hombres y las mujeres, divergen inevitablemente, ya que la díada madre-hijo tiene un contenido emocional diferente para los niños y las niñas a lo largo de la primera infancia, así como en la etapa edípica.⁵⁴ Por lo tanto, la feminidad y la masculinidad no son sólo una serie de comportamientos que se nos enseñan, sino también partes integrales de la personalidad humana formadas a través de las diferentes maneras en que cada sexo experimenta el hecho histórico de ser maternado.

Como disciplinas, la historia de las mujeres y la de la familia cubren gran parte del mismo terreno histórico. Lo que las distingue no son tanto sus objetos de estudio como sus propias historias y orígenes ideológicos: la historia de la mujer en el feminismo, la historia de la familia en una tradición de ciencias sociales a menudo fuertemente influenciada por el funcionalismo. Los historiadores de las mujeres llegarían a un callejón sin salida sin aprender mucho más sobre este acuerdo social humano central, la familia. Pero sería igualmente improductivo que las mujeres en la historia volvieran a callar, absorbidas en la categoría de familia de la que sólo han sido rescatadas reciente y precariamente. La comprensión que hemos alcanzado hasta ahora sobre el funcionamiento de las familias debería hacer que esto fuera imposible de una vez por todas.

53 N. Chodorow, 1974. *Family Structure and Feminine Personality*, en: M. Rosaldo y L. Lamphere (eds.), *Women, Culture and Society*. Stanford: Stanford University Press, pp. 43-66; y N. Chodorow, 1978. *The Reproduction of Mothering*. Berkeley: University of California Press; D. Dinnerstein, 1977. *The Mermaid and the Minotaur: Sexual Arrangements and Human Malaise*. New York: Harper Colophon Books; J. Mitchell, 1973. *Psychoanalysis and Feminism: Freud, Reich, Laing, and Women*. New York: Pantheon; A. Rich, 1976. *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution*. New York: W. W. Norton & Company; J. Flax, 1978. The Conflict between Nurture and Autonomy in Mother-Daughter Relationships and within Feminism. *Feminist Studies*, vol. 4, no. 2, pp. 171-189; también, abordando los mismos problemas pero utilizando un marco psicológico diferente, está: J. Benjamin, 1978. Authority and the Family Revisited: Or, a World without Fathers? *New German Critique*, no. 13, pp. 35-57.

54 Chodorow. *Family Structure and Feminine Personality*, pp. 43-54.

FAMILIA Y REPRODUCCIÓN

RENATE BRIDENTHAL

La historia de la familia, como su progenitora, la sociología de la familia, surgió en el siglo XIX en el contexto de la dislocación social causada por una acelerada industrialización y la concomitante desintegración de las familias de clase trabajadora. A partir de la obra de Engels *Origin of the Family, Private Property and the State* (1884), la academia comprometida políticamente ha rastreado el impacto de los cambios de la economía sobre la familia y viceversa.⁵⁵ La historia de la familia tradicional, por definición, ha sido no marxista o antimarxista, en todo un espectro de metodologías cada vez más sofisticadas. Dentro de esa limitación conceptual, ha aportado una amplia gama de ricas descripciones enfocadas en el tamaño, la forma y la composición de la familia o sus funciones en la sociedad en general. Sin embargo, tales estudios frecuentemente reflejan su legado estructural-funcionalista, cuya principal debilidad es la falta de una teoría sobre aquello que genera el cambio. Tienden a interpretar el cambio social como el producto de los individuos y las familias lidiando con sus circunstancias de vida. La parte que queda excluida es la comprensión del contexto más amplio, en constante cambio, en el que estas vidas y sus circunstancias toman forma. Generalmente no buscan patrones.

Es como si los historiadores de la familia observaran su objeto de estudio a través de un caleidoscopio. Agitan las piezas para crear nuevas combinaciones, pero muy pocos de ellos han cuestionado la validez de las piezas en sí. Los términos “estructura” y “función” se repiten como un lenguaje pactado. Ese lenguaje, efectivamente, cumple un propósito: permite un nivel de análisis que la simple narrativa humanística no alcanzaría. Aun así, tiene severas limitaciones.⁵⁶ La más grave de tales limitaciones es la pérdida del *proceso*. El estructuralismo es un método derivado de la lingüística y ha sido aplicado con mucho éxito en la antropología. Entiende las relaciones sociales como codificadas, al igual que el lenguaje, y cada relación es análoga a un fonema, un elemento dentro de un sistema más amplio cuya sintaxis puede ser diagramada. El funcionalismo añade una teleología circular: las estructuras existen para cumplir determinadas funciones y las funciones crean determinadas estructuras. La naturaleza estática del modelo se puede percibir inmediatamente. Cuando los historiadores intentan adoptarlo, su sesgo anticausal se vuelve un problema. Si el sistema trabaja para reproducirse a sí mismo –y ése es un supuesto estructural-funcionalista–, ¿entonces cómo surgen nuevas formaciones sociales? En otras palabras, si los elementos se engranan exitosamente uno dentro de otro, ¿cómo y por qué se produce el cambio? Es el

55 En ambos extremos del espectro se ha reconocido la naturaleza política de este debate. Ver: P. Laslett, *Household and Family in Past Time*, pp. 4, 7; E. Fox-Genovese y E. D. Genovese, 1976. *The Political Crisis of Social History: A Marxian Perspective*. *Journal of Social History*, vol. 10, no. 2, pp. 205-220.

56 Según entiendo, estos fueron señalados por primera vez por T. Hareven, 1973. *The History of the Family as an Interdisciplinary Field*, en: T. K. Rabb y R. I. Rotberg (eds.). New York: Harper Torchbooks.

viejo problema de los historiadores sobre la continuidad y la discontinuidad, dificultado aún más por el equilibrio sistemático del modelo estructuralista.⁵⁷

En suma, el estructural-funcionalismo que ha dominado la historia de la familia, debido a su propia arquitectura,⁵⁸ niega la complejidad de las relaciones entre los individuos y las clases. Los individuos se relacionan unos con otros a través de múltiples instituciones.⁵⁹ La familia solo es una; y sus modos de pertenencia y obligaciones recíprocas han variado enormemente a través del tiempo y el espacio, al punto que el propio concepto de "familia" puede ser cuestionado. De hecho, el campo de la economía doméstica, creado precisamente para preservar la familia, recientemente ha demostrado su derrota al omitir por completo la relación biológica en su definición.

El centro de la economía doméstica es la familia en sus diversas formas. La familia se define como una unidad de personas íntimas, negociantes e interdependientes que comparten algunos valores y objetivos, recursos, responsabilidad por las decisiones, y tienen un compromiso entre sí a través del tiempo.⁶⁰

Sin embargo, en lugar de discutir sobre una definición de familia, propongo ubicar las relaciones familiares dentro de una categoría analítica más amplia: el modo de reproducción social. Éste toma en consideración las *diversas* instituciones que nos crean y moldean como seres sociales particulares; y enfatiza la relación por sobre la estructura, por lo que introduce más flexibilidad en la noción de reproducción. Con este abordaje, ganamos la oportunidad de ver las relaciones individuales reflejando relaciones sociales más amplias y visualizar las contradicciones que imponen el cambio.

En la sociedad capitalista, las relaciones que deben ser reproducidas son las de jerarquía, de contrato (relaciones de mercado) y de propiedad privada de productos creados colectivamente. Las familias, interactuando con otras instituciones, reproducen todas estas relaciones, aunque de manera diferente según las diferentes clases. En el proceso, sin embargo, surgen conflictos que, a su vez, amenazan con disolver las propias familias. De este modo, al igual que la sociedad capitalista en la que están integradas, las familias contienen el germen de su propia transformación.

Para comenzar, las relaciones sociales en la sociedad capitalista contemporánea son jerárquicas, específicamente son relaciones de clase. La clase capitalista retiene el poder en sus propias manos mediante la transmisión a sus herederos de la propiedad privada de la riqueza social producida colectivamente. Las ventajas obvias del patrimonio y la amenaza implícita de la negación de la herencia son formas de control social que

57 Deseo agradecer a Wolf Heydebrand del Departamento de Sociología de la Universidad de Nueva York por llamar mi atención sobre mis dificultades con este problema en un trabajo anterior.

58 N. de la T: 'Architecturalism' en el original.

59 Existe una corriente del marxismo estructuralista que intenta abordar la dinámica del cambio a través de la lucha de clases tal como se manifiesta en diversas estructuras e ideologías sociales. Sin embargo, no se ha aplicado a la historia de la familia, hasta donde sé, y por lo tanto queda fuera del alcance de este artículo.

60 New Directions, *Journal of Home Economics* (mayo de 1975), p. 26.

recrean las tradiciones de clase y descartan a aquellos considerados no aptos para dominar. Por otro lado, las oportunidades limitadas de ascenso social a través de la educación y el matrimonio mixto también permiten el ingreso de algunos individuos ajenos a la clase capitalista. Por lo tanto, la clase se reproduce a sí misma con personal, intereses y habilidades sobre todo, pero no únicamente, a través de las relaciones familiares. La reproducción física cotidiana de los miembros de esta clase suele asignarse a personal remunerado, como niñeras, sirvientes, etcétera.

La clase trabajadora, definida aquí de manera muy amplia como la clase que vende su fuerza de trabajo a cambio de un salario, también debe reproducirse no sólo en términos físicos, sino como un grupo con habilidades particulares. Éstas varían según la situación histórica y, por tanto, también varía su forma de reproducción. De este modo, en un período histórico un artesano puede enseñar su oficio a su hija o hijo, o a un aprendiz de otra familia de la misma clase social, y en otro período puede hacerlo una escuela. A su vez, en otro momento distinto, la cantidad de instituciones de capacitación puede disminuir porque se reduce la demanda de mano de obra calificada. En términos físicos, la clase puede ser reproducida por el trabajo doméstico no remunerado de mujeres pertenecientes a esa clase, complementado con trabajo remunerado en restaurantes, lavanderías, centros de cuidado infantil, clínicas sanitarias y servicios públicos. La clase trabajadora, entonces, también se reproduce a sí misma sólo parcialmente a través de las relaciones familiares. De hecho, a lo largo del tiempo la familia de clase trabajadora controla cada vez menos su propia reproducción. Cada vez más, el Estado ha asumido algunas de esas funciones mediante políticas de salud, educación y seguridad social. Y sus más recientes intervenciones en el cuidado infantil, motivadas indirectamente por la preocupación por el abuso infantil y el abandono, indican una tendencia continuada. Como *servicios públicos*, enmascaran el control sobre la reproducción de las clases trabajadoras. Los servicios públicos también incorporan una contradicción interesante: si bien alegan apoyar la estructura familiar, a menudo la socavan. Por ejemplo, una condición típica para recibir asistencia hoy en Estados Unidos es la descomposición familiar, específicamente por la ausencia de un hombre "cabeza de familia". Este prerrequisito refuerza precisamente esa disolución, al recompensarla, y aumenta la necesidad de mayor ayuda estatal. Por otro lado, el desempleo y el subempleo endémico y epidémico no les dejan otra opción. Las relaciones de dependencia y jerarquía tienden a ser reproducidas por este modo de reproducción social, en el que las familias son parcialmente funcionales, pero son transformadas en disfuncionales por el Estado.⁶¹

También existe una contradicción entre la ideología de la familia y las prácticas concretas de las familias reales. La ideología afirma que las familias son responsables de manera privada por la socialización y la preservación de sus miembros, sin importar

61 K. Keniston, *All Our Children*; R. M. Moroney, 1976. *The Family and the State: Considerations for Social Policy*. Londres y New York: Longman.

si tienen la capacidad efectiva de serlo o no. En la medida en que las personas internalizan este valor, experimentan vergüenza en el caso de que no lo logren. La aceptación de ciertos servicios sociales aparece entonces como un signo de debilidad familiar, en vez de hacerlo como la necesaria mediación de los ciclos económicos por parte de un Estado complejo en términos políticos. Esta internalización protege del análisis al sistema y permite que la responsabilidad estatal por la asistencia social sea convenientemente flexible. La ayuda puede ser otorgada o denegada, dependiendo de otras necesidades de capital para inversión y de las exigencias planteadas por el descontento social. Así, en un período de crisis fiscal, se recortan los servicios sociales. La carga es percibida directamente por la familia, que debe recoger el guante. La presión añadida podría desintegrarla aún más, ya que el conflicto por cuestiones de dinero es la causa principal de divorcio.⁶²

Un segundo conjunto de relaciones socialmente reproducidas bajo el capitalismo son las de mercado. Al igual que las relaciones de jerarquía, éstas se reproducen en y mediante las familias, además de hacerlo en otras instituciones. Una escuela sociológica interpretó las relaciones familiares con el lenguaje del mercado, en el que los miembros tienen “recursos”, con los que “negocian” para tener una mayor participación en la “toma de decisiones”. Según este punto de vista, las mujeres se orientan hacia una mayor equidad cuando se convierten en asalariadas porque el ingreso les brinda una mayor influencia en el hogar.⁶³ Esta teoría al menos reconoce los intereses individuales de las mujeres en la familia. Sin embargo, sus partidarios no abordan la contradicción ideológica entre relaciones tan contractuales y el sentimiento del amor, considerado invaluable (sin valor monetario) y altruista. La negociación presupone un interés propio racional y calculado por parte de un individuo que contrata libremente. De hecho, los miembros de la familia no son absolutamente libres, no más que otros individuos contratantes en el mercado capitalista, en el que impera la coerción económica. Y la incursión de modelos contractuales para explicar las relaciones familiares revela la invasión de relaciones capitalistas en lo que siempre se vio como un supuesto refugio contra la atomización social.

Las relaciones de mercado también transforman la familia al crear nuevas necesidades, que surgen de las necesidades tradicionales de ésta, pero entran en conflicto con ellas. Este es un desarrollo dialéctico que funciona de la siguiente manera: se crean nuevas necesidades de servicios y bienes de consumo y el costo de los anteriores se eleva como producto del desarrollo capitalista. Estas necesidades sólo pueden ser satisfechas mediante la incorporación de más asalariados de la familia de clase trabajadora, porque el desempleo entre los proveedores principales tiende a reiterarse y la inflación tiende a erosionar los salarios reales con el paso del tiempo. Por lo tanto, no solamente

62 B. N. Adams, 1971. *The American Family*. Chicago: Markham Publishing Co, p. 265; M. J. Bane, 1976. *Here to Stay: American Families in the Twentieth Century*. New York: Basic Books, pp. 32-33 sugieren esto de forma más indirecta.

63 R. Blood y D. Wolfe, 1960. *Husbands and Wives*. New York: The Free Press.

los nuevos bienes de consumo, sino también los antiguos como la escolarización de los jóvenes, ahora prolongada hasta bien entrada la adultez, impulsan a un creciente número de mujeres casadas hacia el mercado laboral.⁶⁴ Este desarrollo social, a su vez, crea nuevas necesidades para las mujeres como trabajadoras: educación, capacitación, vestimenta, alimentos listos para el consumo, transporte, etcétera. La reproducción de las mujeres asalariadas, así como de sus esposos e hijos, es desempeñada crecientemente por instituciones extrafamiliares: escuelas, productores y distribuidores de alimentos y vestimenta, servicios de cuidado infantil, lavanderías, restaurantes, etcétera. El propio intento de la familia de clase trabajadora por reproducir y mantener a sus miembros y sus habilidades expulsando más trabajadores asalariados termina por disminuir la capacidad de la familia para hacerlo por sus propios medios. El proceso modifica la estructura del hogar y traslada sus funciones cada vez más de la esfera privada hacia la pública.⁶⁵ Si estos procesos sociales generan tensiones dentro del propio hogar, la estabilidad del hogar podría verse amenazada. Esto se percibe como “la desintegración de la familia” y suele atribuirse de manera simplista a las esposas y madres trabajadoras, en vez de hacerlo a una etapa del desarrollo del capitalismo. Al observar el *panorama completo* del modo de reproducción social, considerando la familia como sólo uno de sus agentes, podemos observar las dinámicas de la sociedad en su conjunto en las contradicciones de la familia y las relaciones del hogar. La dialéctica que surge en el microcosmos es que las familias reproducen las relaciones de mercado y, al responder a ellas, se transforman.

Se perfila una contradicción más grande: si el capitalismo disuelve la familia de clase trabajadora, por consiguiente socava un importante fundamento ideológico del dominio de clase, esto es, la importancia de la familia para la transmisión de la riqueza socialmente creada, pero de propiedad privada. Sin embargo, no sólo la clase propietaria, sino también la clase trabajadora defienden la noción de familia. Esta última resiste la intrusión de las relaciones de mercado e intenta preservar la familia como un refugio contra ellas. El tema de la resistencia de la clase trabajadora a través de la conservación de las formas familiares va más allá del alcance de este artículo, pero constituye un tópico importante para futuras investigaciones.

Finalmente, el concepto de reproducción social nos permite examinar un tercer conjunto de relaciones sociales bajo el capitalismo: la contradicción entre colectividad e individualismo. En la producción social, las relaciones colectivas de trabajo quedan enmascaradas por su opuesto, la apropiación privada de los bienes. Las personas crean un producto común a través de la mano de obra especializada en las fábricas y oficinas, pero tanto la ganancia como los salarios son privados. Esta mano de obra especializada clasificada jerárquicamente tiene su paralelo en la familia. Aquí también aparecen la

64 G. Kolko, 1978. *Working Wives: Their Effects on the Structure of the Working Class*. *Science & Society*, vol. 42, no. 3, pp. 257-277.

65 L. I. Pearlin, 1974. *Class Context and Family Relations: A Cross-National Study*. Boston: Little Brown & Co.

colectividad y su opuesto, el individualismo. La contradicción crea tensiones dolorosas en las vidas de la mayoría de las personas, pero especialmente de las mujeres, quienes han sido “especializadas” emocionalmente para dedicar su vida a un colectivo: la familia. En la práctica histórica, esto se tradujo en que las mujeres vivieran para sus familias y los hombres se individualizaran hacia fuera de la familia. El trabajo de Fred Weinstein y Gerald Platt, *The Wish to Be Free*, pone en claro esta ideología. Allí, una familia nuclear parsoniana aparece descrita como la matriz dentro de la cual mujeres afectuosas proveen amor y seguridad y, con suavidad y en el momento adecuado, dejan salir al mundo a los hombres y niños como individuos que interactúan libremente. Ellas mismas, las mujeres, permanecen totalmente arraigadas; verdaderamente, ellas *son* la matriz.

¿Pero qué ocurre cuando las mujeres también salen al mundo? ¿Permanece alguna matriz? ¿O deberíamos encontrar otra metáfora de familia, menos literal y estática? Quizás la idea de red sea más apropiada, en tanto sugiere la conexión y la comunicación de un grupo, sin la centralidad necesaria de ningún individuo en particular. También sugiere el armado y desarmado de madejas, permitiéndonos ver arreglos de convivencia más flexibles sin atribuirles una patología.⁶⁶

La contradicción final que deberíamos notar es la que existe entre la alienación socialmente producida y la experiencia privada de ella. Las divisiones entre y dentro de las familias, resultantes de la explotación y la competencia, refuerzan la alienación social ya producida por las divisiones en el lugar de trabajo. Por un lado, la lealtad familiar encierra de manera protectora las intimidades y los problemas pasados y presentes, pero el manto de secreto se torna asfixiante y resalta los sentimientos de vergüenza. Así, las familias se convierten en refugios y trampas a la vez. Las expectativas de intimidad son intensas, pero a menudo chocan contra muros de alienación. Una sociedad mutuamente dependiente pero atomizada se reproduce en relaciones familiares, al igual que en las relaciones laborales, donde las personas crean juntas, pero se llevan porciones enormemente diferentes de su producto.

En suma, la familia como categoría analítica tiene únicamente un valor limitado para la explicación histórica. Un abordaje más amplio, utilizando el concepto de modo de reproducción social, puede rendir más. Si consideramos que los seres humanos son creados por un complejo conjunto de fuerzas sociales, de las cuales la familia es sólo una, entonces debemos advertir un modo de reproducción total, que sería apropiado para cualquier sociedad en un momento particular de su historia. En el Occidente contemporáneo, las relaciones bajo las que las personas se reproducen se extienden mucho más allá de la familia. Para poder analizarlas, debemos empezar por plantear preguntas tanto cuantitativas como cualitativas acerca de los procesos sociales que tienen lugar en dicha reproducción. Por ejemplo: ¿cuánta atención médica y tecnología se materializan en los distintos individuos?, ¿cuánto entrenamiento manual, mental y, lamentablemente, volitivo? Un abordaje de ese estilo podría permitirle al historiador

66 Stack, *All Our Kin*.

rastrear cómo la reproducción se volvió crecientemente socializada, es decir, desempeñada por la mayoría a cambio de un pago, en lugar de ser privada, es decir, realizada por un ama de casa por amor y subsistencia. Esta mirada pondría en perspectiva el papel de la familia como una construcción histórico-social y permitiría relacionarlo con el proceso dialéctico más amplio.⁶⁷

BIBLIOGRAFÍA

- ADAMS, B. N., 1971. *The American Family*. Chicago: Markham Publishing Co.
- ALAVI, H., 1968. Peasants and Revolution. En: R. MILIBAND & J. SAVILLE (eds.), *The Socialist Register*. Londres: Merlin.
- ALAVI, H., 1973. Peasant Classes and Primordial Loyalties. *Journal of Peasant Studies*, vol. 1, no. 1, pp. 23-62.
- ARIÈS, PH., 1962. *Centuries of Childhood*. New York: Vintage Books.
- BANE, M. J., 1976. *Here to Stay: American Families in the Twentieth Century*. New York: Basic Books.
- BENJAMIN, J., 1978. Authority and the Family Revisited: Or, a World without Fathers? *New German Critique*, no. 13, pp. 35-57.
- BERKNER, L. K., 1972. The Stem Family and the Developmental Cycle of the Peasant Household: An eighteenth-century Austrian Example. *The American Historical Review*, vol. 77, no. 2, pp. 398-418.
- BERKNER, L. K., 1973. Recent Research on the history of the Family in Western Europe. *Journal of Marriage and the Family*, vol. 35, no. 3, pp. 395-405.
- BLAYDON, C. C. & STACK, C. B., 1977. Income support policies and the family. *Daedalus*, vol. 106, no. 2, pp. 147-161.
- BLOOD, R. & WOLFE, D., 1960. *Husbands and Wives*. New York: The Free Press.
- BOWLES, S. & GINTIS, H., 1976. *Schooling in Capitalist America. Educational Reform and the Contradictions of Economic Life*. New York: Basic Books.
- BRIDENTHAL, R., 1976. The Dialectics of Production and Reproduction in History. *Radical America*, vol. 10, no. 2, pp. 3-11.
- CHODOROW, N., 1974. Family Structure and Feminine Personality. En: M. ROSALDO & L. LAMPHERE (eds.), *Women, Culture and Society*. Stanford: Stanford University Press.
- CHODOROW, N., 1978. *The Reproduction of Mothering*. Berkeley: University of California Press.
- COTT, N. F., 1976. Eighteenth-Century Family and Social Life Revealed in Massachusetts Divorce Records. *Journal of Social History*, vol. 10, no. 1, pp. 20-43.
- COTT, N. F., 1977. *The Bonds of Womanhood: «Woman's Sphere» in New England, 1780-1835*. New Haven: Yale University Press.
- DAVIS CAULFIELD, M., 1974. Imperialism, the Family, and Cultures of Resistance. *Socialist Revolution*, vol. 20, no. 4, pp. 67-85.
- DAVIS, N. Z., 1977. Ghosts, Kin, and Progeny: Some Features of Family Life in Early Modern France. *Daedalus*, vol. 106, no. 2, pp. 87-114.
- DEMAUSE, L., 1974. *The History of Childhood*. New York: The Psycho-history Press.

67 El presente artículo es una evolución de: Bridenthal, R., 1976. The Dialectics of Production and Reproduction in History. *Radical America*, vol. 10, no. 2, pp. 3-11. Agradezco las lecturas atentas y las valiosas sugerencias no solo de mis copanelistas, sino también de Martha Gimenz, Wolf y Sarah Heydebrand, Gerda Lerner, Hobart A. Spalding, Jr. y Philip Dawson. Tengo una deuda especial con Deborah Hertz y Joan Scott, cuyas incisivas preguntas en el taller me obligaron a reexaminar y refinar algunos de mis conceptos. Finalmente, el consejo editorial de *Feminist Studies* mejoró este artículo a través de su crítica perspicaz.

- DINNERSTEIN, D., 1977. *The Mermaid and the Minotaur: Sexual Arrangements and Human Malaise*. New York: Harper Colophon Books.
- DOUGHERTY, M. C., 1978. *Becoming a Woman in Rural Black Culture*. New York: Holt, Rinehart & Winston.
- EHRENREICH, B. & ENGLISH, D., 1975. The Manufacture of Housework. *Socialist Revolution*, vol. 5, no. 26.
- FARAGHER, J. & STANSELL, C., 1975. Women and their Families on the Overland Trail 1842-67. *Feminist Studies*, vol. 2, no. 2/3, pp. 150-166.
- FLAX, J., 1978. The Conflict between Nurture and Autonomy in Mother-Daughter Relationships and within Feminism. *Feminist Studies*, vol. 4, no. 2, pp. 171-189.
- FOX-GENOVESE, E. & GENOVESE, E. D., 1976. The Political Crisis of Social History: A Marxian Perspective. *Journal of Social History*, vol. 10, no. 2, pp. 205-220.
- GENOVESE, E., 1974. *Roll, Jordan, Roll: The World the Slaves Made*. New York: Basic Books.
- GOODE, W. J., 1974. The Theoretical Importance of Love. En: R. L. COSER (ed.), *The Family: Its Structure and Functions*. 2da. New York: St. Martin's Press, pp. 143-1956.
- GORDON, L., 1973. Voluntary Motherhood; The Beginnings of Feminist Birth Control Ideas in the United States. *Feminist Studies*, vol. 1, no. 3/4, pp. 5-22.
- GORDON, L. & HUNTER, A., 1977. Sex, Family and the New Left: Anti-Feminism as a Political Force. *Radical America*, vol. 11-12, no. 6, 12, pp. 9-25.
- GUTMAN, H. G., 1976. *The Black Family in Slavery and Freedom, 1750-1925*. New York: Pantheon.
- HAJNAL, J., 1965. European Marriage Patterns in Perspective. En: D. V. GLASS & D. E. C. EVERSLEY (eds.), *Population in History*. Chicago: Aldine Publishing.
- HAREVEN, T., 1973. The History of the Family as an Interdisciplinary Field. En: T. K. RABB & R. I. ROTBERG (eds.). New York: Harper Torchbooks.
- HAREVEN, T. K., 1976. Modernization and Family History: Perspectives on Social Change. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 2, no. 1, pp. 190-206.
- HAREVEN, T. K., 1977. Family Time and Historical Time. *Daedalus*, vol. 106, no. 2, pp. 57-70.
- HARTMANN, H., 1976. Capitalism, Patriarchy and Job Segregation by Sex. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 1, no. 3, Parte 2, pp. 137-169.
- HILL, C., 1967. *Society and Puritanism in Pre-Revolutionary England*. New York: Schocken Books.
- HOBBSAWM, E. J., 1973. Peasants and Politics. *The Journal of Peasant Studies*, vol. 1, no. 1, pp. 3-22.
- HUFTON, O., 1971. Women in Revolution, 1787-1796. *Past and Present*, no. 53, pp. 90-108.
- HUMPHRIES, J., 1977. Class Struggle and the Persistence of the Working-Class Family. *Cambridge Journal of Economics*, vol. 1, no. 3, pp. 241-258.
- HUNT, D., 1972. *Parents and Children in History: The Psychology of Family Life in Early Modern France*. New York: Harper Torchbooks.
- KELLY-GADOL, J., 1977. Did Women have a Renaissance? En: R. BRIDENTHAL & C. KOONZ (eds.), *Becoming visible: Women in European History*. Boston: Houghton Mifflin Co, pp. 137-1964.
- KENNISTON, K. & CARNEGIE COUNCIL, 1977. *Children, All Our Children: the American Family Under Pressure*. New York: Harcourt Brace Jovanovich.
- KLEIN, V. & MYRDAL, A., 1968. *Women's Two Roles: Home and Work*. Londres: Routledge y Kegan Paul.
- KOLKO, G., 1978. Working Wives: Their Effects on the Structure of the Working Class. *Science & Society*, vol. 42, no. 3, pp. 257-277.
- LADNER, J. A., 1971. *Tomorrow's Tomorrow: The Black Woman*. Garden City, NY: Doubleday & Co.
- LASCH, C., 1977. *Haven in a Heartless World*. New York: Basic Books.
- LASLETT, P., 1965. *The World We Have Lost*. New York: Charles Scribner's Sons.
- LASLETT, P. & WALL, R., 1972. *Household and Family in Past Time*. Cambridge: Cambridge University Press.
- LOPATE, C., 1974. The irony of the Home Economics Movement. *Edcentric*, no. 31/32.
- MARSHALL, G., 1975. *Where Women Work*. Ann Arbor: University Museum Publications.
- MEACHEM, S., 1977. *A Life Apart. The English Working Class 1890-1914*. Cambridge: Harvard University Press.
- MITCHELL, J., 1973. *Psychoanalysis and Feminism: Freud, Reich, Laing, and Women*. New York: Pantheon.

- MORONEY, R.M., 1976. *The Family and the State: Considerations for Social Policy*. Londres y New York: Longman.
- MOYO, E., 1973. Big Mother and Little Mother in Matabeleland. *Ruskin College History Workshop Pamphlets*, no. 3.
- OREN, L., 1973. The Welfare of Women in Laboring Families: England, 1860-1950. *Feminist Studies* [en línea], vol. 1, no. 3/4, pp. 107-125.
- PEARLIN, L.I., 1974. *Class Context and Family Relations: A Cross-National Study*. Boston: Little Brown & Co.
- PLATT, G.M. & WEINSTEIN, F., 1973. *The Wish to be Free. Society, Psyche, and Value Change*. Berkeley: University of California Press.
- PLECK, E.H., 1976. Two Worlds in One: Work and Family. *Journal of Social History*, vol. 10, no. 2, pp. 178-195.
- REITER, R.B., 1974. *Sexual Domains and Family in Two Communes in Southeastern France*. Ann Arbor: University Microfilms.
- RICH, A., 1976. *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution*. New York: W. W. Norton & Company.
- ROBERTS, R., 1973. *The Classic Slum*. Harmondsworth, Inglaterra: Penguin Books.
- ROHRlich-LEAVITT, R., 1977. Women in Transition: Crete and Sumer. En: R. BRIDENTHAL & C. KOONZ (eds.), *Becoming visible: Women in European History*. Boston: Houghton Mifflin Co.
- RUBIN, G., 1975. The Traffic in Women: Notes on the «Political Economy» of Sex. En: R.R. REITER (ed.), *Toward an Anthropology of Women*. New York y Londres: Monthly Review Press, pp. 157-210.
- SABEAN, D., 1976. Aspects of Kinship Behavior and Property in Rural Western Europe Before 1800. En: J. GOODY, J. THIRSK Y E.P. THOMPSON (eds.), *Family and Inheritance; Rural Society in Western Europe 1200-1800*. Cambridge y Londres: Cambridge University Press.
- SAHLI, N., 1966. Changing Patterns of Sexuality and Female Interaction in Late Nineteenth-Century America. *Third Berkshire Conference on the History of Women*. Bryn Mawr College.
- SCOTT, J.W. & TILLY, L.A., 1975. Women's Work and the Family in Nineteenth-Century Europe. En: ROSENBERG (ed.), *The Family in History*, pp. 145-178.
- SCOTT SMITH, D., 1973. Family Limitation, Sexual Control, and Domestic Feminism in Victorian America. *Feminist Studies* [en línea], vol. 1, no. 3/4, pp. 40-57.
- SENNETT, R., 1971. Middle-Class Families and Urban Violence: The Experience of a Chicago Community in the Nineteenth Century. En: T. HAREVEN (ed.), *Anonymous Americans*. Englewood Cliffs, N.J: Prentice-Hall, pp. 280-305.
- SHORTER, E., 1975. *The Making of the Modern Family*. New York: Basic Books.
- SMITH-ROSENBERG, C., 1975. The Female World of Love and Ritual: Relations Between Women in Nineteenth-Century America. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 1, no. 1, pp. 1-29.
- STACK, C.B., 1974. *All Our Kin: Survival Strategies in a Black Community*. New York: Harper & Row.
- STAPLES, R., 1974. The Black Family Revisited: a Review and a Preview. *Journal of Social and Behavioral Sciences*, vol. 20, no. 2, pp. 65-78.
- STEDMAN-JONES, G., 1974. Working-Class Culture and Working-Class Politics in London, 1870-1900; Notes on the Remaking of a Working Class. *Journal of Social History*, vol. 7, no. 4, pp. 460-508.
- STONE, L., 1975. The Rise of the Nuclear Family in Early Modern England: the Patriarchal Stage. En: C. ROSENBERG (ed.), *The Family in History*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, pp. 13-58.
- STONE, L., 1977. *The Family, Sex and Marriage in England, 1500-1800*. New York: Harper & Row.
- SULLEROT, E., 1971. *Women, Society, and Change*. Nueva York y Toronto: McGraw-Hill.
- THOMPSON, D., 1976. Women and Nineteenth-Century Radical Politics: A Lost Dimension. En: J. MITCHELL & A. OAKLEY (eds.). Harmondsworth, Inglaterra: Penguin Books.
- THOMPSON, E.P., 1974. Time, Work-Discipline and Industrial Capitalism. En: M.W. FLINN Y T.C. SMOUT (eds.), *Essays in Social History*. Oxford, Inglaterra: The Clarendon Press.
- THOMPSON, P., 1977. *The Edwardians: The Remaking of British Society*. St. Albans, Inglaterra: Paladin Books.
- TILLY, L. & SCOTT, J.W., 1978. *Women, Work, and Family*. New York: Holt, Rinehart & Winston.

- TILLY, L. A., SCOTT, J. W. & COHEN, M., 1976. Women's Work and Fertility Patterns. *Journal of Interdisciplinary History*, vol. 6, no. 3, pp. 447-476.
- TOMES, N., 1978. A «Torrent of Abuse»: Crimes of Violence between Working-Class Men and Women in London, 1840-1875. *Journal of Social History*, vol. 11, no. 3, pp. 328-345.
- WALKOWITZ, J., 1977. The Making of an Outcast Group. En: M. VICINUS (ed.), *A Widening Sphere*. Bloomington: Indiana University Press.
- WOLF, E. R., 1969. *Peasant Wars of the Twentieth Century*. New York: Harper & Row.
- WOLF, M., 1972. *Women and the family in rural Taiwan*. Stanford: Stanford University Press.
- WRIGLEY, A. E., 1969. *Population and History*. New York y Toronto: World University Library, McGraw-Hill.
- WRIGLEY, A. E., 1977. Reflections on the History of the Family. *Daedalus*, vol. 106, no. 2, pp. 71-85.
- YOUNG, M. & WILMOTT, P., 1957. *Family and Kinship in East London*. Harmondsworth, Inglaterra: Penguin Books.